

UN ESCULTOR ARREBATADO POR LA FE

Por VICTORIO MACHO

Allá por el año 1933 vivía yo en el noble y casi destruído palacio de Munarri, de la imperial ciudad de Toledo, y, al tiempo que cuidaba un huertecillo y escuchaba el armonioso sonar de las campanas catedralicias, fui meditando y escribiendo unas páginas sobre el genial imaginero Alonso Berruguete, que di a conocer a los maestros y a los discípulos de la Escuela de Bellas Artes de Madrid, y, después, ilustrándolas con proyecciones, en la Biblioteca Nacional de Bogotá, en la Universidad de Lima, en Toledo y en Palencia.

Muchas cosas han pasado desde entonces, y al cabo de mis andanzas por Europa y por el Nuevo Mundo y de haber conocido tantas ciudades, templos y museos y visto infinitas obras de arte, me afirmo más en cuanto escribí sobre el gran imaginero, lo que deseo que prevalezca como testimonio de homenaje a mi paisano, a quien siempre admiré, sin que por ello influyera en mi arte...

PAREDES DE NAVA

Voy, en mi cabalgadura montaraz, gustando la prodigiosa serenidad de esta tarde castellana, caminando otra vez desde el monte *El Carrascal* hacia la muy noble y arcaica villa de Paredes de Nava. Peregrino rico en devociones, voy hacia el lugar privilegiado donde nacieron Jorge Manrique y Alonso Berruguete, y ya contemplo desde un altozano el nido pardo de estas dos águilas fénix del blasón de la inmortal Castilla.

He dejado el camino, he subido a la cima de unos oteros y me he sentado sobre las tierras en barbecho que cubren los vestigios de una ciudad iberorrromana. Y, abstraído, destacando sobre el cielo terso, llego a crearme una gárgola de piedra sensible que oteara el paisaje. Pues aquí, en esta misma altura en que



Figura del RETABLO DE SAN BENITO. Museo Nacional de Escultura (Valladolid)

yo medito sobre el panorama paredaño, también se sentaría aquel dolorido y desengañado caballero - poeta Jorge Manrique, y desde este pedestal propicio acaso brotaran de la hondura de su melancolía las primeras coplas de la elegía inmortal:

*Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando...*

Y un siglo después —¿qué supone un siglo en Castilla?—, el joven Alonso Berruguete contemplaría esta comarca con su perfil de águila y su mirada firme y genial de estatuario.

FLORENCIA

Ya anda por Florencia, meca del arte del Renacimiento, el castellano Alonso Berruguete; vino atraído por las maravillas que le contara su padre, el excelente pintor Pedro González Berruguete. Varias veces ha contemplado el bello y juvenil San Jorge, del gran Donatello, y su arrogancia le ha impresionado. Ha visto también las célebres Puertas de la Gloria, obra famosa de Ghiberti, y ha admirado su gracia y su maestría. Quizá ha tomado también diseños siguiendo el ritmo elegante de las agrupaciones de figuras, pero, sin duda, éstas no han llegado con fuerza a su áspera y nerviosa sensibilidad. Cierto que son obras exquisitas las de Ghiberti, pero le han parecido realizadas por mano poco viril.

El entusiasmo de nuestro joven escultor es para Donatello, Brunellesco y Jacobo de la Quercia. Pero, sobre todo, su obsesión fervorosa es Miguel Ángel, el semidiós que alienta y vive en Florencia, donde nuestro paisano alienta y vive también. El divino Miguel Ángel, creador de un mundo de formas nuevas.

Cita el Vassari a un «Alonso Berruguete *español* que copió los cartones de Miguel Ángel para la sala de la Señoría de Florencia, y que copió también el Laoconte en un concurso celebrado en Roma, y continuó en Florencia un cuadro comenzado por Fra Filippino Lippi...», lo que hace creer que nuestro artista pronto logró ser notado en aquel ambiente.

¿Estuvo mucho tiempo Berruguete al lado de Miguel Ángel? ¿Desbastó





DESTRUCCIÓN DE UN TEMPLO PAGANO EN MONTECASINO.
Retablo de San Benito

en el enorme bloque del David? ¿Trabajó acaso en los sepulcros de Julio y Lorenzo de Médicis, esas obras que tan honda huella parece haberle dejado? ¿Conoció las estatuas de los esclavos que hoy se conservan en el Louvre? ¿Ayudó al genial florentino a labrar esa tormenta en mármol de formas titánicas, apenas iniciadas, que se conservan en el Museo de la Academia de Florencia para lección y guía de escultores?

Berruguete estudió y vivió en la Italia de Leonardo da Vinci, de Rafael Sanzio, de Sandro Boticelli... Pero salió de allí a tiempo. Por eso, camino hacia España sólo traería en su imaginación las concepciones miguelangelescas y la nerviosidad expresiva de Donatello; en cambio, es posible que el recuerdo de otros pintores y escultores fuera un lastre del que deseara desprenderse. Bien hizo el más grande escultor castellano y español de nuestro Renaci-

miento al abandonar Italia, ya que sin esta imperiosa decisión, sin esta voz interior de su genio no hubiera sido él.

EL TALLER DE BERRUGUETE

Suena y resuena el constante golpear de los duros mazos de encina sobre los formones y las gubias manejadas diestramente por los discípulos y operarios de Alonso Berruguete, que afanosamente van desbastando en maderas bien curadas crucifijos, vírgenes, ángeles, santos, apóstoles y profetas.

Canciones castellanas y andaluzas, canciones italianas confundidas en un eco alegre que recorre las amplias naves de los talleres del famoso imaginero. Es tarde de sábado. Giralte, el discípulo predilecto de Berruguete, trabaja en un Cristo crucificado que ha de ser colocado en el Calvario del retablo de Olmedo. El maestro habrá de termi-

narlo con esos toques tan expresivos y característicos de su estilo.

Junto a un gran ventanal, un oficial pintor está policromando una Ascensión. El toledano Martínez de Castañeda talla un relieve de complicada agrupación de figuras, y Tordesillas desbasta con el brío de un Hércules las figuras de un Descendimiento... Olor penetrante a savia de madera y a pinturas. Hay otros talleres para los carpinteros, ensambladores y adornistas; allí se componen las grandes piezas de las barrocas arquitecturas de los retablos y los frisos decorativos que luego serán recubiertos con oros reverberantes.

El maestro Alonso Berruguete tiene su íntimo taller en un lugar donde proyecta, compone y dibuja los bocetos que luego habrán de realizarse. Este taller da a un huerto de cipreses y moreras, aislado por tapias de adobes cubiertos en parte por la hiedra trepadora. Hay en un ángulo un antiguo brocal de pozo, y en el centro una bella fuente de mármol rodeada de bancos de piedra y trozos de columnas romanas sustentando bellos fragmentos de estatuas pompeyanas que fueron traídos de Nápoles por el maestro Berruguete... Un hermoso mastín de tierras de Palencia es el guardián de este paraíso íntimo del artista.

Por las tardes, después del trabajo, viene Alonso Berruguete a sentarse aquí y el noble mastín se tiende a sus pies. Suele repasar el maestro los capítulos del Antiguo y Nuevo Testamento, y cuando ha gustado la divina poesía de una parábola de Jesús, levanta la cabeza hacia el espacio y contempla abstraídamente el vuelo de las golondrinas, que cruzan temblorosas por este cielo tan cielo de Castilla.

Otras veces evoca a Italia. Siente nuestro escultor honda predilección por los versos de Dante Alighieri y conserva amorosamente una rara edición florentina de *La Divina Comedia*, que fue impresa en vida del poeta. Cuando algún pasaje del *Infierno* le detiene en su lectura traza apresuradamente unas líneas esquemáticas para recoger las imágenes que le ha sugerido el excelso florentino.

EL CRUCIFIJO DE OLMEDO

Cesó el trabajo por hoy; poco a poco fue apagándose el sonar de mazos y escoplos. Sólo Giralte sigue tallando amorosamente en el torso agitado del Crucifijo de Olmedo, y en la penumbra que todo lo envuelve forman un solo bloque la obra y el joven escultor: creyéndose que estaban abrazados.



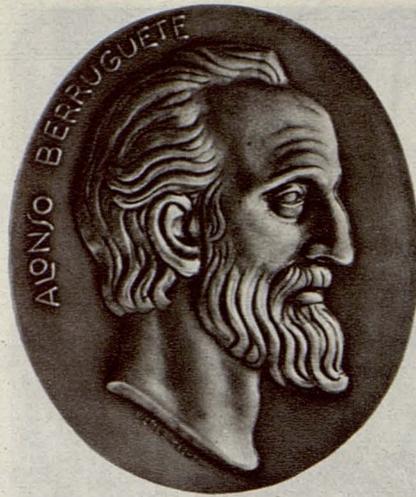


Ahora son las campanas las que cantan. Campanas de San Benito, del Salvador... Campanitas de Santa Clara. Y su sonar armonioso viene anunciando fiesta de guardar a través de los tapiales del huerto del imaginero; mañana acudirán los discípulos, operarios y aprendices para acompañar al maestro a la misa mayor, y el cortejo será semejante al que el divino Rafael Sanzio solía llevar en Roma.

... El Cristo en la Cruz que dio por terminado el maestro Alonso Berruguete tiene la expresión atormentada de un Dios dramático que espanta y sugestiona.

LA COMPOSICIÓN DE LOS RETABLOS

Las arquitecturas berruguetianas son más voluminosas en la parte superior que en su base; la solidez para nada se ha tenido en cuenta, tan poco, que estas grandes fábricas que contienen bosques de madera, colgados de los muros, inspiran el temor de si vendrán a caer sobre nosotros. No existen en ellos elementos sobrios ni líneas puras; por el contrario, fantasía desenfundada, exuberancia de temas deco-



Medalla conmemorativa del cuarto centenario de Berruguete, obra de Victorio Machó. En el reverso se lee: CUARTO CENTENARIO / DE LA MUERTE DE / ALONSO BERRUGUETE / SEÑOR DE VENTOSA DE / LA CUESTA (VALLADOLID) / ESCULTOR DE CASTILLA / NACIÓ EN PAREDES DE / NAVA (PALENCIA) 1489? / MURIÓ EN TOLEDO EL AÑO 1561

rativos,oros reverberantes, sofocantes, que nuestra retina soporta porque el tiempo, gran colaborador, los fue en-

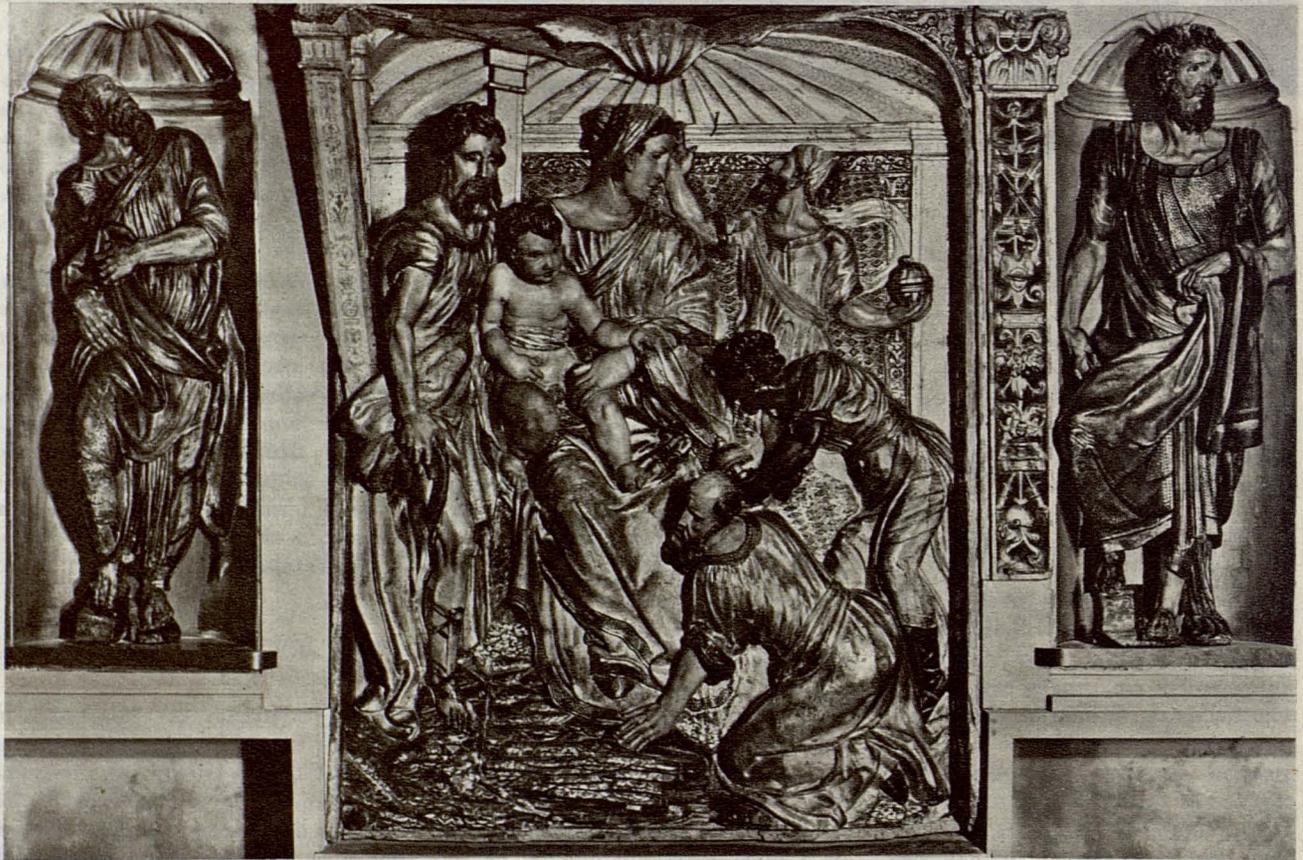
tonando sabiamente. Pero no insistamos sobre esto, ya que la genialidad de Alonso González Berruguete se muestra bien patente en su obra de escultor.

RETABLO DE SAN BENITO

Como llamas contorsionadas se agitan esas figuras que el gran escultor talló para el retablo de San Benito, de Valladolid. Alargamiento y proporciones góticas; policromía gótica aún, pero con un concepto renacentista.

Figuras atormentadas mostrando la anatomía que Miguel Ángel no logró desentrañar: esa anatomía que trasciende del alma. Formas magras, sin grasa ni sensualidad; expresionismo verdadero. He aquí el más grande, original y espontáneo de los expresionistas en el antiguo y moderno Alonso Berruguete.

Si los imagineros en tierras de Castilla —Gregorio Fernández, Juan de Juni, Gaspar Becerra, Giralte— y los andaluces Martínez Montañés, Alonso Cano, Mena, suponen la maestría, el conocimiento de la forma y un hondo sentimiento religioso con cuyos dones formaron esa incomparable pléyade de maestros en el arte de la escultura de



En el centro, EPIFANÍA. A los lados, SAN PABLO y SAN PEDRO. Retablo de San Benito





LA CIRCUNCISIÓN. Retablo de San Benito

fuerza y emoción sin precedente en otro país de la raza latina, Alonso Berruguete es más aún: es la genialidad. Porque geniales son su bellissimo San Sebastián y el patético y gesticulante Abraham, y San Jerónimo, que parece arder en llama ascética. Y lo son también esa colección maravillosa de pequeñas figuras que al miraras crecen incommensurablemente por el enorme contenido espiritual que emana de sus formas y movimientos: son obras producidas con tal fuego de creador alucinado que no conozco nada semejante. Y, sin embargo, ¡qué lamentables errores y caídas en este retablo de San Benito!

Berruguete aportó otra novedad al arte con la policromía de sus figuras, que responde a su temperamento arrebatado. Técnica rica y eminentemente decorativa, en contraste con la coloración de aquellas imágenes ferozmente realistas, con ojos de cristal y dientes verdaderos, que habrían de aparecer tras de él y de su obra.

EL CRISTO DE SAN BENITO, DE VALLADOLID

De las obras de Alonso Berruguete que no pueden mirarse serenamente una es el Cristo en la Cruz, que talló para la iglesia de San Benito, de Valladolid. Crucificado, de anatomía tensa, atirantada hasta el paroxismo, como arco doloroso del que esperamos ver salir el alma disparada. Frente a esa talla recibí una de las impresiones más intensas de mi vida de artista. No estaba ante una talla policromada, sino frente a la superación de toda realidad. Es la representación del hombre de carne y hueso, pero exaltada. Y esta palabra, *exaltación*, acudirá a mi pensamiento y a mis labios tantas veces como hable del glorioso imaginero. Aquello, más que escultura, es como el Dios hecho Hombre para crear el milagro de comoversos. El Divino Agonizante que suda el frío sudor de la muerte, el cuerpo que emana hedor de carne marcerada. La cabeza, de un superrealismo

extraordinario; la boca, reseca y rígida, con mueca atroz de parálisis tetánica, y los ojos, aquellos ojos, miran como sólo pueden mirar los ojos de Dios...

LAS TALLAS DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

Sabia compenetración de la calidad plástica de la madera. He ahí el bello nogal desnudo de policromías y estofas que pueden alterar la maestría formal. Otra vez nos encontramos ante el inconfundible castellano Alonso Berruguete, pero más firme, más cuidadoso y atento a la perfección.

Estas tallas están al alcance de la mirada y pueden ser acariciadas por la mano del espectador; no como en los grandes retablos, donde el alarde del escultor en los detalles habrá de pasar inadvertido. Aquí, en cambio, la obra ha de ser contemplada y analizada total y parcialmente; aparte de lo bien acordado del conjunto de las figuras, pocas veces se hicieron pies y manos más expresivos. Adán, Eva, San Pedro, Juan el Bautista, Moisés, Job... son dignas del prestigio que alcanzó y mantiene el formidable tallista.

SANTA ÚRSULA, DE TOLEDO

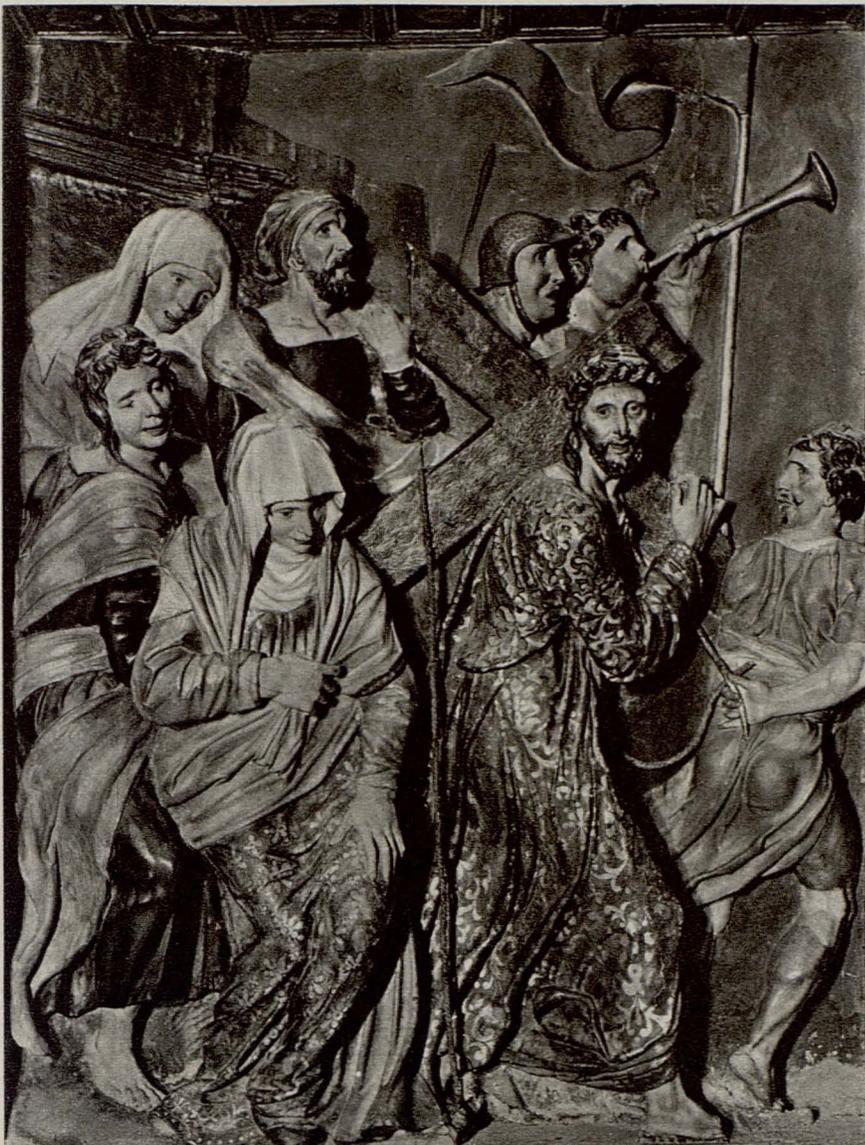
Las figuras del retablo de la Visitación parece que flotan. Dos victorias cristianas que van a abrazarse: dinamismo sin par en la estatuaría del renacimiento hispánico.

La bellissima Virgen puede compararse con la espiritualidad y la gracia exquisita de las Virgenes italianas; pero tiene, además, en su rostro tal nobleza que sólo por un castellano habría de estar concebida.

Hay tal luz en este grupo que demuestra que si Berruguete es turbulento y atormentado por lo general, también puede llegar a sentir y expresar la poesía más delicada y tierna. En esta escena, los volúmenes plásticos y las líneas compositivas tienen una como musicalidad difusa que va de la Virgen a Santa Isabel, de Santa Isabel a la Virgen. Diálogo dulcísimo del que nosotros llegamos a participar también, porque todo parece hablar allí por su ritmo y expresión.

Técnicamente responde a la manera de aquel maestro Berruguete del retablo de San Benito, de Valladolid, pero entiendo que aquí (prescindamos de figuras accesorias) se muestra más depurado y de una concepción más





CAMINO DEL CALVARIO. Retablo de La Mejorada



Sepulcro de Cardenal Tavera, en el Hospital del mismo nombre, de Toledo.
(Foto Rodríguez)

elevada. Gran riqueza policroma, con sus oros decorando sobre los negros mate o azules y verdes profundos.

BERRUGUETE Y EL GRECO

El imaginero castellano Alonso Berruguete y el cretense Domenico Teothocópuli han sido comparados a veces sin fundamento ni reflexión. Cierta que el canon de proporciones es semejante por su alargamiento, así como el movimiento flamígero de sus figuras que oscilan como llamas y que, dijérase, se revelan contra las ampulosas musculaturas barrocas impuestas por Miguel Ángel, el coloso del Renacimiento; pero téngase en cuenta que Berruguete es un gótico de tierras de Palencia y El Greco un bizantino injerto en castellania. Berruguete es seco, fortísimo, áspero, sarmatoso, contorsionado y arrebatado hasta el furor. Sus tallas gesticulan, gritan y se atirantan con elocuencia patética y frenética de figuras de purgatorio, o como ibéricos Prometeos encadenados que sufrieran la quemazón de las dentelladas de las pasiones que martirizarán al hombre mientras la descendencia de Adán exista. Hacen esfuerzos supremos para alcanzar a ser de una verdad humana. No les basta con su limitación de simulacros geniales, sino que exigen a su creador —tan próximas están al prodigio— vivir para ser abrasadas de pecados y concupiscencias de las que después poder arrepentirse. Por algo los inquisidores de Valladolid miraban a Berruguete de soslayo y sonreían de perfil.

El Greco más bien sugiere en sus pinturas un mundo envuelto en luz astral manifestado por medio de armonías de líneas y tonos; son almas corporeizadas, luces fosforescentes y lívidas en la sombra, en sueño y misterio: el más allá poético. Pues esas miradas y esas frentes radiantes de las figuras como en trance pintadas por Domenico Teothocópuli ya no son miradas terrenales, sino las miradas y las frentes de las almas que gozan de paz interior, porque fueron purificadas.

Las figuras talladas por Berruguete son cuerpos con almas en pena. Las figuras de los cuadros del Greco son almas en estado de gracia.

EL SEPULCRO DEL CARDENAL TAVERA

Es imponente esa estatua tumbal cuya efigie marmórea representa a aquel cardenal Tavera que fundó en el siglo XVI el magnífico hospital de las afueras de la imperial Toledo. Nunca hasta entonces supo la escultura ex-





presar ese misterio que sólo parece que ven y comprenden los ojos turbios y mal cerrados de los muertos.

He trepado sobre el mármol, poseído de una curiosidad irresistible, y he posado mis manos de escultor sobre las enguantadas manos marmóreas del cardenal. Y estas mis manos, que tanto saben ya del frío de la piedra, han temblado. Miré de cerca, obsesivamente, el rostro yerto de Tavera, y he creído como si en realidad acabara de quedarse vacío del alma. Por eso he sentido pavor. Esta es la obra más lograda y genial de Alonso Berruguete, tan intensa que sobrecoge y anonada. Es su última creación. El formidable epílogo plástico que nos legó antes de morir de ya avanzada edad.

Cuatro siglos han transcurrido desde que Berruguete labró en el sensible mármol de Carrara la imponente figura yacente del cardenal Tavera. Cuatrocientos años que esta escultura era contemplada con el respeto y la admiración que siempre inspiró; pero una horda de incivilizables mutiló el rostro prócer y arañó esos ojos como abismados en el más allá, y arrancó a zarpazos la aquilina nariz de la noble efigie del fundador del Hospital de Afuera. Y así quedó una de las más famosas obras del arte hispano, hasta que el escultor Cecilio Bérjar la restauró lo mejor que fue posible, porque parte del mármol estaba calcinado.

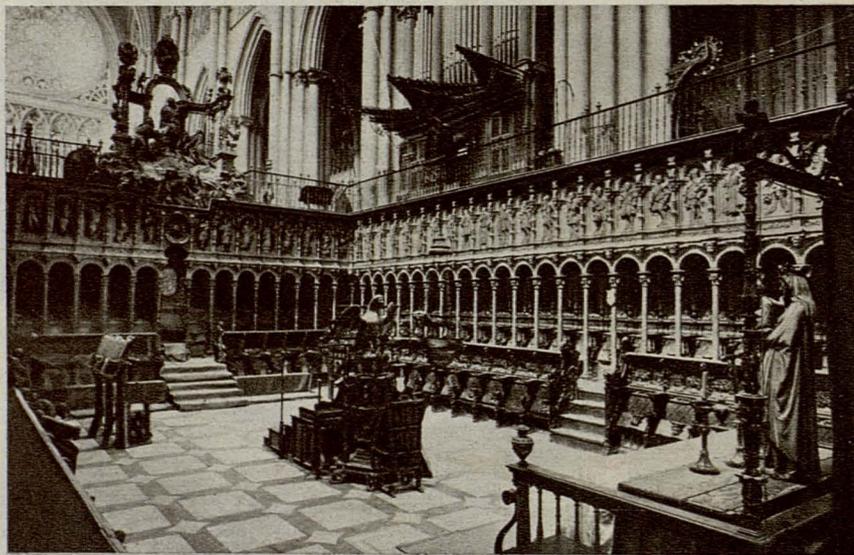
NOTA FINAL

Creo que el gran Alonso Berruguete no encontró por entero el ambiente que requería su poderoso temperamento. Se le encomendaron obras en profusión y en ellas demostró una imaginación inagotable. Pero su talento y enorme capacidad creadora no siempre fueron comprendidos. Ocupó parte de su vida en realizar temas harto manoseados por otros artistas, aunque cuanto concibió fue nuevo por su fecunda y rica originalidad. También es lamentable que el taller de Berruguete llegara a convertirse —en cierto modo— en fábrica de esculturas, y que el maestro no atendiera solamente a las puras y grandes concepciones... En cuanto a su biografía, poco se conoce aún, y cuesta imaginarle en constante forcejeo con los cabildos y pleiteando como un vulgar hidalguillo castellano. Quizá por eso no llegó a dar forma plena a sus sueños de escultor, aquellos sueños que le brotaron en el alma, allá, en Italia, al sentir el contacto del siempre encumbrado espíritu del titánico Miguel Ángel...

V. M.



SAN BENITO CON SAN PLÁCIDO Y SAN MAURO. Retablo de San Benito. (Fotos Manso)



Sillería del coro de la catedral de Toledo. Las tallas son obra de Berruguete y la teoría completa de las mismas la ofrecemos a nuestros lectores en el orden que conservan. (Fotos de Rodríguez)

En la página siguiente de color. NACIMIENTO DE JESÚS. Retablo del antiguo Monasterio de jerónimos de La Mejorada, cerca de Olmedo. (Fotocolor Manso)

